

ASPÁRRENA

Nº 4	Sección: 1. Costumbres y tradiciones
Autor: Carlos Ortiz de Zárate y Comisión de Carnavales	Traductor: Abetto Oribe

CARNAVAL RURAL DE ASPÁRRENA Ilarduia-Egino-Andoin

Es mucho lo que ha llovido ya desde que se celebraron por última vez los Carnavales Rurales de nuestros pueblos de Ilárduia, Egino y Andoin.

Sin embargo y con el paso de los años, esta forma viva de expresión ha ido recuperando su valor y reconocimiento, llegando hoy en día a considerarse desde muchos ámbitos como un evento de gran interés cultural, antropológico y etnográfico.

Teniendo en cuenta todo esto y persiguiendo, entre otros, retos como la socialización, la opción por los pueblos más pequeños y la integración de personas de diferentes procedencias, ideologías y edades, un grupo formado por gente de Ilárduia, Egino, Andoin y Araia, nos pusimos desde el año 2005 manos a la obra, dispuestos a recuperar estos Carnavales.

AGRADECIMIENTOS

Sería un tanto arriesgado pretender recoger en una lista (sin caer en la torpeza de olvidarnos de alguien) los nombres de las personas que de manera voluntaria han colaborado para que este proyecto se haga realidad. Vaya para todos ellos nuestro más sincero agradecimiento y la satisfacción al comprobar que en nuestros hogares vive aún gente con espíritu capaz de sentirse todos uno y de trabajar en el pueblo y para el pueblo.

Sin embargo, sí que merece la pena en este punto hacer una excepción y mencionar de manera especial, agradeciendo de corazón, a esos "nuestros mayores" que, con su valioso testimonio, (en algún caso bibliográfico y en la mayoría oral), han dado de nuevo vida a este Carnaval.

Gracias a Fermín, Vidal y Marina de Ilárduia; Francisco, Julián, M^a Luisa y Nicolás de Egino; Rosario de Ibárguren; Santiago, Puri, Martina y M^a Jesús de Andoin.

PARTIENDO DE LA TRADICION ORAL

Carnaval

El estudio de este Carnaval corresponde a los pueblos de Egino (E), Ilárduia (I) y Andoin (A), de Aspárrena.

Los Carnavales de estos pueblos perduraban desde el Sábado hasta el Martes de Carnaval; sin embargo, los días más señalados eran el Domingo y el Martes.

El Domingo al mediodía salían los jóvenes, disfrazados de "Porreros", a pedir por las casas con tambor y guitarra o acordeón (E). A la noche disfrutaban de una cena, con música de velada.

El Martes preparaban al "Hombre de Paja". Subían al monte a por ulagas, para la hoguera. Por la tarde era acusado de los males de la localidad. Finalmente se le quemaba o se le reventaba con pólvora.

El hombre de Paja

El Hombre de Paja era un muñeco elaborado con un viejo pantalón azul, una camisa y una chaqueta (E). Todo ello relleno con paja o hierba seca (E). Le añadían unos calcetines con abarcas y, como cabeza, una máscara de cartón (E). Le colocaban dos ojos saltones (A). Sobre la cabeza, una boina o sombrero (E), sombrero de paja (A). Al cuello le colocaban un pañuelo rojo (E).

En Ilárduia lo elaboraban con sacos, rellenos de paja, a los que introducían un palo transversal para simular los brazos. En Andoin utilizaban dos palos perpendiculares, en forma de cruz, como estructura para el Hombre de Paja. Era un muñeco grande, gordo y torpe.

Construido el muñeco, se le subía sobre un burro, bien atado por los pies, para que mantuviese la postura erguida, y era paseado por los Porreros (E). En Andoin se le paseaba en un carro. Finalizada la ronda se le empalaba en tierra con una estaca (E).

Llegada la tarde del Martes de Carnaval, un personaje que hacía las funciones de cura sermoneaba al "Hombre de Paja", acusándole de diversos males (E). Finalmente era condenado a muerte (E). Llegaba el momento de la ejecución. Se había colocado para la ocasión dentro del monigote un cartucho de pólvora; le encendían la mecha, y... ¡¡¡Pumm!!! El reo quedaba reducido a una piltrafa (E). La sentencia estaba cumplida, y con la muerte de aquel personaje, desaparecían los males que habían aquejado a la población.

En Ilárduya no lo explotaban, sino que lo quemaban en "El Prado".

En Andoin lo explotaban en la hoguera.

Porreros

Con el nombre de "Porreros" se conocía a todos los disfrazados.

Unos llevaban los zamarros de los bueyes, uno por delante y otro por detrás (I). En Andoin se colocaban por la cabeza una piel de oveja que la preparaban para la ocasión, limpiándola y curtiéndola con una piedra. La piel les cubría la cabeza y la espalda. A algunos sólo la cabeza.

En Egin, dos chicos se colocaban un yugo y hacían de bueyes. Arrastrando un carro, con la ayuda del resto de jóvenes que empujaban por detrás, iban al alto de Gurrumendi y traían ulagas. Con éstas se hacía fuego en la plaza a la tarde (anochecer) y saltaban sobre él.

Algunos iban disfrazados con sacos; les hacían unos agujeros para las piernas, brazos y cabeza y los rellenaban de paja (I). Otros se ponían ropas viejas y anchas en las que se metían hojas de maíz, paja o hierba para aparentar más volumen; no faltaba quienes se introducían hojas de maíz sólo en determinadas partes del cuerpo, con el objeto de parecer deformes: en las piernas y el culo, en la tripa, en la espalda a modo de chepa... (A).

Algunos llevaban un saco doblado por la cabeza.

Las chicas solían llevar unos vestidos blancos, con muchas puntillas (sayas) (I). En Andoin, eran varios chicos los que salían con sayas viejas.

Se utilizaban ropas de mucho colorido (I). Algunas chicas se vestían de gitanas (I).

En Andoin, en los últimos Carnavales, se disfrazaron como el último hojalatero que solía ir al pueblo a arreglar el fondo de los pucheros, colocándose para su trabajo en medio de la plaza. Iba con una bufanda larga y ancha.

Un personaje que a veces aparecía era el de La Vieja (A).

Con un ramal de esparto se ataban a la cintura cencerros y cascabeles. Éstos iban a la espalda y les hacían sonar al saltar y correr. También podían llevar cascabeles al cuello (A).

En la mano portaban unos palos de más altura que ellos (E, A) con los que golpeaban al Hombre de Paja (I). En Andoin, en la mano, llevaban un palo que tenía crin de caballo o yegua en la punta. Les cortaban el pelo de la cola a las yeguas y lo sujetaban a un palo. Con ello azuzaban a las chicas.

Otros portaban una "potxika", "putxika" o "pusica" (vejiga de cerdo), con la que se pegaba a los niños (I, A). Varios porreros llevaban ambas cosas, palo y putxika, uno en cada mano (A). Algunos llevaban "horquijas" de madera (I) de 3 y de 5 puntas (A). No faltaban los que portaban escobas de berozo con las que perseguían a los niños; a veces las untaban en barro y manchaban con ellas las puertas de las casas.

La cara la llevaban pintada de negro, con corcho, o de rojo (I). En Andoin también se pintaban de negro o de rojo,

pero la zona de los ojos la dejaban sin colorear. A veces pintaban máscaras con estos colores en vez de la cara. Otros llevaban máscaras de cartón, las cuales causaban muchos miedo por ser muy feas (E, A). Varios utilizaban como máscaras un hueso de algún animal (A). No faltaban mujeres llevaban un velo cubriéndoles la cara (I). Otros se ponían pegado un bigote hecho con pelo de maíz (A).

En la cabeza, lo más habitual era llevar un sombrero de paja (I) (A) o boina (A). Con frecuencia, debajo del sombrero de paja, llevaban colgando un velo por delante que les cubría el rostro (A). A veces se colocaban gorros, a modo de cucuruchos, con cintas de colores colgando (A). Otros iban con gorro de lana con "pelendrinas" (hojas de maíz) colgando en su borde (A). Algunos, con un gorro con cola de caballo por detrás, atada con una cinta (A). Otros, con plumas clavadas en el gorro, hacia arriba (A).

A los porreros no se les conocía. Hacían un gran esfuerzo en no ser reconocidos por los demás vecinos. Quedaban muy desfigurados.

Los niños les tenían mucho miedo. Perseguían a éstos con las vejigas hinchadas y, si cogían a alguno, lo llevaban al río y le lavaban la cara (A).

Hoguera

La hoguera jugaba un papel muy importante el Martes de Carnaval (E). Este día, por la mañana, los jóvenes de Eginu subían al Alto de Gurrumendi a recoger ulagas; los de Ilárduia, a Zubieta. Subían con un carro arrastrado por dos mozos disfrazados que hacían la función de bueyes (E). Los que tiraban del carro estaban uncidos, como si fuesen en realidad unos astados (E). Se colocaban las fronteras de los bueyes con las melenas colgando y, todo ello, atado con correas de cuero (I). Por encima de ambos les ponían una "cubierta" de los bueyes (I). Por debajo de las pieles iban vestidos con blusa y pantalón negro (A). Otros jóvenes, también disfrazados, ayudaban en la tarea de empujar el carro; procuraban que el yugo estuviese debidamente ajustado y afianzado (E). Sobre el carro iban los pequeños del pueblo (I).

El carro con el que subían a por las ulagas era bajo (I).

Después de la cena del Martes se quemaban las ulagas bajadas del monte y apiladas en una hoguera (E). Todos bailaban en torno al fuego, y algunos la saltaban, mostrando su valor (E).

Novios

En el carro iba una pareja vestidos de novios con los trajes de los últimos que se habían casado (I).

El marido vestía de azul oscuro con sombrero de copa alto y la mujer con puntillas.

La mujer iba de blanco (I).

Cuestación

El Domingo de Carnaval, al mediodía, salían los jóvenes disfrazados de "Porreros", para pedir por el pueblo (E).

Los chicos y las chicas postulaban por las casas; los vecinos les daban huevos, chorizo, manteca y dinero. Con ello hacían una merienda-cena (I). Cargaban con una gran cesta donde recogían lo que les daba la gente (I).

En Andoin sólo rondaban los chicos, en primer lugar en Ibárguren y después en Andoin. Llevaban dos botas de vino para pedir de casa en casa (A). Iban con el carro (A).

Además de lo que les daban, era frecuente robasen alimentos en las casas para comer (A).

Con lo que habían recogido preparaban una buena cena, con acordeón o guitarra (E). A pedir iban los chicos, pero a cenar se juntaban chicos y chicas (E).

Comida

Además de todo lo que les habían dado por las casas, y lo que había logrado robar (gallinas, quesos, etc.), los jóvenes mataban una oveja (I) o dos (A), una cabra (I), e incluso una ternera (A, I), y estaban de fiesta hasta que no se acababa toda la comida (I).

Las comidas las hacían en la misma casa (A).

Traían de Araia un pellejo de vino para estos días (A).

Música

Los instrumentos musicales habituales eran el acordeón, la filarmónica, la guitarra y el tambor.

En Andoin, había uno vecino que tocaba el acordeón y el otro la filarmónica. Este segundo, si veía que una chica estaba "de no", iba y bailaba con ella, y tocaba la filarmónica a la vez.

Los Porreros cantaban:

"Porreros,
saca las habas del puchero,
saca una, saca dos, saca tres, saca cuatro, saca cinco..
y echa a correr".

Luego los porreros seguían con las putxicas a pegar a los niños (A).

Pimentonada

En estas fiestas carnalescas era frecuente hacer una "pimentonada". Consistía en quemar pimientos picantes y hacer que se introdujese el humo por algún hueco de la casa: fregadera, gatera, etc. Si se hacía eficazmente, tenían que salir todos del local.

También podían hacer esta broma en la calle.

Anonimato

Cuidaban con celo el que no fuesen reconocidos por los demás. Para evitarlo, llegaban incluso a intercambiarse la ropa o los zapatos.

Fin del Carnaval

El Carnaval de Egino, como el resto de los carnavales, sufrió las consecuencias de la Guerra Civil: fue prohibido. El pretexto fue que, en estos días, aprovechando el anonimato de los disfraces y las caretas, se cometían todo tipo de robos y agresiones (E).

Los últimos carnavales se celebraron alrededor de los años 1926-1927 (I).

TESTIMONIO ESCRITO

Completemos estos testimonios orales con otro escrito, el cual se lo debemos a Juan Garmendia Larrañaga, recogido en su libro "Carnaval en Alava", de 1982. Describe el Carnaval de Egino, y se basa en una entrevista realizada a Francisco y Julián Ceberio en el año 1976:

El Martes de Carnaval preparaban "El hombre de paja". Este monigote lucía boina o sombrero, máscara de cartón, camisa, chaqueta, pantalón y abarcas, rellenos de paja o hierba, y al cuello le ponían un pañuelo rojo. Atado por los pies, iba sobre un burro y le acompañaban los "porreros", que, para entonces, chicas y chicos, habrían postulado con tambor y guitarra o acordeón. Al "Hombre de paja" lo dejaban en el suelo, apoyado en una estaca picada en tierra.

Cometido de la mañana del Martes de Carnaval solía ser también el traer ulagas del alto de "Gurrumendi". Para ello se valían de un carro tirado por dos jóvenes uncidos que suplían a las bestias, y los "porreros" no descuidaban que el yugo estuviese ajustado y afianzado debidamente por medio de la coyunda. Añadiré que eran asimismo mozos disfrazados los que empujaban al carro.

Por la tarde, un joven remedaba a un cura y sermoneaba al "Hombre de paja", condenado a muerte. La sentencia se cumplía dando fuego a una mecha que hacía explotar al cartucho que el reo llevaba consigo.

Después de la cena quemaban las ulagas y unos mozos bailaban mientras otros saltaban por encima de la fogata.

Los carnavales de Eguino se han festejado dos o tres veces desde el año 1936. Mucho antes dejó de celebrarse la pantomima del "Hombre de Paja".

APROXIMACIÓN A SU SIMBOLOGÍA

Introducción

En algunos lugares específicos los Carnavales están perfectamente definidos por la tradición, como es el caso del cercano pueblo de Zalduondo. Entorno a Marquitos se mueven los Porreros, la Vieja, el Cenicero, las Ovejas... Esto mismo ocurría en Andoin, Egino e Ilarduia.

Como cada año, por estas fechas, surgen diversas preguntas: ¿de dónde vienen los Carnavales? ¿qué significan? ¿por qué se han mantenido con tanta fidelidad?

Los Carnavales entran de lleno en lo que se denomina "ciclo de Fiestas de Invierno". Normalmente se celebran hacia mediados de febrero.

La motivación de su existencia habría que buscarla en la necesidad social de una válvula de escape; algo así como una terapia colectiva, basada en un tiempo de excesos, controlado y permitido por el poder reinante. Los Carnavales permiten romper con el orden establecido y entregarse a todo tipo de apetitos carnales, oculto tras una máscara. Incluso son un buen tiempo para el ajuste de cuentas y la venganza.

En algunos momentos hasta la Iglesia fue complaciente con este festejo y, como muestra de ello, en el s. XVII permitía a los frailes abandonar el convento por unos días para entregarse al oscuro mundo carnavalesco. Después vendría el tiempo de penitencia y conversión, representado por la Cuaresma.

Normalmente el Carnaval se celebra durante los tres días anteriores al miércoles de Ceniza; sin embargo hay diversas excepciones; así, en parte del País Vasco, comenzaban al finalizar las fiestas navideñas.

En muchos de los carnavales tradicionales es fácil ver una profunda reminiscencia precristiana, cuando las gentes tenían puesta su mirada en las fuerzas del universo.

Se puede distinguir dos niveles de carnavales, uno mitológico y ancestral, al que pertenecen las representaciones de carácter folklórico puro, ejemplo del cual pueden ser los carnavales de nuestros pueblos; y otro nivel, más moderno, que son los que van en la línea de los carnavales de Río de Janeiro. Dentro del primer nivel estaría gran parte de los Carnavales vascos, que son de tipo religioso-pagano, aunque con influencias cristianas. En el segundo caso, el origen hay que buscarlo en las antiguas fiestas griegas y romanas como las "lupernales" o las "saturnales".

Los dos elementos claves del Carnaval son la máscara y el disfraz.

En un principio, esta fiesta era popular, participativa, creativa y festiva. En cada lugar tenía sus matices característicos. Hoy, en gran parte, se ha convertido en un espectáculo donde unos son los espectadores y otros los que actúan con carrozas y confetis.

El Hombre de Paja

En los tres pueblos de Aspárrena se quemaba a un muñeco al que se denominaba "El Hombre de Paja". Curiosamente, en algunos pueblos del Pirineo Aragonés nos encontramos a este mismo personaje.

No es fácil desgranar todo lo que puede encerrar un personaje así. Hay que ser consciente que nos movemos en el inestable mundo de las conjeturas.

Algunos han encontrado los primeros elementos carnavalescos en la Babilonia del año 4000 a.C. El Carnaval en Babilonia tenía una forma curiosa de celebrarse: uno de los más detestables prisioneros que se hallaban en la cárcel era investido rey, con toda la pompa y boato del nombramiento; durante las fiestas vivía en palacio, se acostaba con las mujeres del harén del monarca, disfrutaba de los mejores manjares y se exhibía públicamente en su trono. Al quinto día del carnaval se le enjuiciaba públicamente por usurpación de la corona y se le condenaba a muerte por traidor. Con su ejecución liberaban al pueblo de toda malicia, impureza y soberbia y, por supuesto, el verdadero monarca volvía a ocupar su trono. Comenzaba un nuevo año de reinado, limpio y reconciliado con los dioses y con el pueblo.

Desde esta perspectiva, el Hombre de Paja sería el macho cabrío expiatorio, que se inmolaba por todos y que desaparecía, al terminar el año viejo (antiguamente el año finalizaba en febrero), llevándose consigo los males y los pecados del pueblo.

El sermón del Cura recoge simbólicamente todas las desgracias acaecidas en el lugar, atribuyéndoselas al Hombre de Paja. Condenado a muerte (la pólvora y/o el fuego), se encargan de hacerlo desaparecer. El lugar ha quedado renovado. Ya se puede danzar alegres alrededor de la hoguera purificadora.

No ha faltado quien ha visto en este ritual carnavalesco un gran paralelismo con la condena de hombres en rebeldía de tiempos pasados. Como no estaban los culpables en persona, al menos se penaba a su efigie. En esos casos se elaboraba un "hombre de paja", se le leía la sentencia ante el pueblo congregado, y se le ejecutaba como si fuera el ladrón o el asesino en cuestión. A veces terminaba ahorcado, pero en la mayoría de las ocasiones era quemado por un verdugo.

Otros lo interpretan como el sacrificio de un dios viejo al que hay que sustituir por otro más joven. El Hombre de Paja representaría al espíritu de la vegetación caduco, al invierno. Como el grano de trigo es sacrificado para que surja la espiga, así ocurre con este espíritu de la naturaleza. Su muerte trae la vida. Con el fin del invierno entra triunfante la primavera. Su sucesor, más

fuerte, ha ocupado su lugar (escena frecuente del reino animal). Según esta interpretación no se trata de aniquilar al espíritu de la naturaleza, sino a provocar una manifestación más pura y vigorosa de él. La naturaleza está débil (invierno), hay que renovar a este espíritu matándolo y trayéndolo de nuevo a la vida, pero con fuerzas renovadas.

Algunos datos refuerzan esta tesis: este personaje, aquí y en otros lugares (Zalduondo), es clavado en un palo, a modo de árbol. Otro detalle interesante: en San Román, al personaje en cuestión era La Vieja, pero rellena de cacahuetes (frutos); al reventar al muñeco salían despedidos, alegrando a los niños.

Al igual que la naturaleza, han existido culturas que no han tenido ningún reparo en ejecutar a su rey ante el menor síntoma de debilidad. Según su creencia, si el rey era fuerte, todo el pueblo lo era; y viceversa, si su jefe no estaba a la altura de las circunstancias, el pueblo corría peligro de ser víctima de sus enemigos.

Sea cual fuere la interpretación más acertada, no podemos olvidar que la expresión "hombre de paja" se sigue utilizando hoy en día en el lenguaje coloquial. Se usa para acusar a alguien de ser una marioneta, un pelele en manos de otras fuerzas que son las que en realidad toman las decisiones. Esta expresión se utiliza sobre todo en política, pero también es extensible a otras áreas.

Porreros-cubiertas

Dentro de los disfraces de "Porreros", uno de los más habituales era el de colocarse una o dos pieles de oveja por encima, de las utilizadas para cubrir los yugos de los bueyes, cuando iban uncidos llevando el carro. A estas pieles se les denominaba "cubiertas".

Disfrazarse con pieles de los animales no era, en el pasado, un simple juego, sino que tendían a identificarse con ellos por algún motivo; en muchos casos para adoptar sus cualidades particularidades.

Al vestirse de animal el ser humano asume su fuerza mágica, transformándose de alguna manera en un dios. Para los pueblos primitivos el animal de presa representa a menudo una forma de existencia superior a la del hombre. La representación de una deidad local, en tiempos pasados, sería el equivalente a mostrar en una procesión a un santo o virgen en nuestros días.

Con el transcurso del tiempo, el disfraz completo de animal fue reemplazado en muchos sitios por máscaras de animales y demonios.

Porreros-gordos

Cuentan en nuestros pueblos que otro disfraz habitual era colocarse unas ropas viejas o unos sacos de tela y

rellenarlos de paja o hierba seca. De esta manera daban la sensación de estar muy gordos. Sus movimientos eran lentos.

Estos personajes los encontramos en otros carnavales, como es el caso de Lesaka (Navarra); son los "zakuzarrak" (sacos viejos). En Zalduondo también aparecen.

En la descripción que nos hacen en Andoin, Ilárduya y Eginó no son tan pesados y lentos como los anteriormente descritos.

Algunos relacionan a estos personajes con la figura del oso (hombres-oso), otros con algún rito iniciático, y no falta quien lo enlaza con la glotonería.

Es de destacar los personajes deformes, donde se resalta una parte del cuerpo: culo, tripa, giba, etc. Es un aspecto peculiar de esta zona.

Porreros-ceniceros

Según recuerdan los mayores, en Andoin los Porreros se echaban ceniza, pero se terminó prohibiendo esta costumbre porque, en una ocasión, le dañaron la vista a un joven.

Además de su contenido trasgresor (a nadie le gusta que le manchen), la ceniza, al igual que el fuego del que procede, tiene un sentido purificador. Antaño se utilizaba para ahuyentar a las alimañas, como era el caso de las serpientes. Narraciones populares nos hablan de ello.

En frecuente ver en los Carnavales gestos rituales destinados a purificar personas, animales o cultivos.

Otros porreros: puntillas y colores

El que los chicos vayan con sayas de mujer era una de las formas de trasgresión más utilizadas: el cambio de sexo. Recordemos que, en tiempos pasados, vestirse con un traje de sexo contrario era considerado un pecado contra el sexto mandamiento.

En casi todos los carnavales tradicionales salen las puntillas, de una u otra forma.

Pareja de casados

La pareja de casados formaba parte de la escena carnavalesca de estos pueblos. Una vez más aparece el sentido de la fertilidad. Si la naturaleza despierta de su letargo invernal, lo mismo ocurre en la naturaleza humana. Los jóvenes dejan atrás su periodo infértil para comenzar una nueva etapa, bendecida por una amplia descendencia.

Era un momento del año considerado propicio para el matrimonio.

Vieja

La Vieja era un personaje que solía aparecer en estos Carnavales.

Entre las interpretaciones que se hacen de este personaje nos encontramos con la que ve en ella a las

viejas y cansadas fuerzas de la naturaleza, a la representación al año viejo que muere. Según esta visión, el Carnaval encerraría antiquísimas fórmulas destinadas a renovar las fuerzas de la naturaleza. Comienza un nuevo ciclo. El invierno da paso a la primavera.

Es curioso constatar cómo, en los Carnavales de Egilaz, el personaje central, -al igual que aquí ocurre con el "Hombre de Paja"-, lo desempeñaba "La Vieja". También ella iba rellena de paja. Lo mismo ocurría en Vicuña, con la particularidad de que al muñeco le denominaban "La Abuela".

Hojalateros

Periódicamente llegaban unos hojalateros a esta zona, quedándose a vivir en la Cueva de los Gentiles de Ilárduia. Cuando la gente de Egiño veía salir humo de la cueva, decía: "ya han venido los gentiles".

Estos hojalateros iban pasando por los pueblos, arreglando los pucheros y calderos estropeados. Según contaban, estos personajes no estaban muy bien vistos; más bien se les miraba con un cierto recelo.

Máscaras

La palabra máscara viene del árabe «masjara» que significa antifaz, bufonada.

Según cuentan en estos pueblos, los Porreros llevaban distintas máscaras, procurando que fuesen muy feas, tratando de no ser reconocidos por los demás vecinos y asustando a los niños.

Algunos han visto la máscara como el instrumento destinado a captar la energía vital que escapa de las personas y animales, evitando que quedase errante, perturbando a los vivos. Para otros, en las culturas ancestrales, la máscara era una forma de imitar a los dioses.

A veces fue la cara del amor, y es que no podemos olvidar que estas fiestas de invierno tenían un marcado carácter erótico; eran, entre otras cosas, fiestas de fertilidad. De esta manera, las máscaras que en principio nos relacionaban con los dioses, terminaron por convertirse en tapaderas de las más secretas apetencias de la personalidad. Con el paso del tiempo, a estas representaciones se les añadió otras: la de personajes reales temidos u odiados, de los que se podían reír a criticar sin miedo a ser reconocido, y por lo tanto sin temor a un posterior desquite.

Un dato peculiar que nos cuentan los mayores de Ilárduia y Andoin es que fue frecuente utilizar máscaras rojas o negras o, simplemente llevar la cara pintada de uno de estos colores.

Los colores negro y rojo son muy primitivos, apareciendo ya desde la prehistoria. Recordemos que aparecen con mucha fuerza en las mascaradas suletinas.

Espíritu de la Naturaleza

Hay varios datos que no podemos pasar por alto: son los que hacen referencia a elementos vegetales. Así, en Andoin relatan que algunos iban con un gorro de lana con "pelendrinas" (hojas de maíz) colgando en su borde, y otros se ponían pegado un bigote hecho con pelo de maíz.

También en Andoin, algunos iban con sacos o ropas viejas anchas rellenos de pelendrinas, bien por todo el cuerpo, bien por una parte determinada de él, deformándola (tripa, joroba, culo, etc.).

Bien podemos ver es todo esto una referencia al espíritu de la naturaleza. Con este ritual carnavalesco es posible que, el hombre primitivo, buscara animar a la naturaleza a resurgir.

Las mismas tiras de colores de los capirotos pueden representar elementos vegetales. En Niederpaning (Baja Baviera), hay un personaje, representante de la Pascua de Pentecostés, que se llama "el Pfingstl"; va cubierto de pies a cabeza con vegetación (flores, hojas) y lleva en la cabeza un capirote cubierto de flores de plantas acuáticas.

Como muchas de las fiestas de antiquísimo origen, el Carnaval Rural conecta al ser humano con las fuerzas de la naturaleza. Si perdemos este horizonte no llegaremos a percibir su sentido profundo.

Cencerros y cascabeles

Se puede decir que, en general, el ruido de ciertos instrumentos -según creencias de nuestros antepasados-, ahuyentaba a los espíritus malignos. Estaban considerados como mágicos. El cencerro y la campana, antes de tener los usos que después desarrollaron, eran considerados antiguamente como elementos para alejar a los malos espíritus, a los demonios que atraían las desgracias.

También hay que tener en cuenta que, en el mundo pastoril, el ruido del cencerro trata de despertar a la naturaleza dormida.

El uso de cencerros, campanillas y cascabeles ha sido constante para promover la fertilidad de la tierra y expulsar a los espíritus malignos. Su uso era habitual en el culto a Dionisos y, actualmente, se sigue usando en lugares como África.

Nuestros antepasados, disfrazados de Porreros, solían llevar cencerros a la cintura, haciéndolos sonar con el movimiento de su cuerpo. También llevaban cascabeles, en la cintura o en el cuello.

Dentro de los numerosos ruidos producidos en esta fecha, uno de ellos es del petardo que explota dentro

del Hombre de Paja, reduciéndolo a una piltrafa. Tanto en España como en Italia era frecuente, en Carnaval, romper pucheros con petardos, produciendo un gran estruendo.

Putxika

Uno de los datos recogidos en esta zona era el de perseguir a los niños con la "botintxa", o vejiga de cerdo hinchada. Esto era muy frecuente en los carnavales de distintos lugares. También se golpeaba, en los Carnavales de otras localidades, con trallas de las yeguas, etc.

Para buscar el origen de esta costumbre nos tenemos que remontar, al parecer, a una fiesta romana llamada Las Lupercalias o Lupercales, donde los jóvenes lupercos, medio desnudos, perseguían a las mujeres jóvenes con sus "februa" (tiras de piel), con un sentido de fertilidad y de purificación. Augusto prohibió a los más jóvenes participar en estas fiestas por su carácter licencioso.

Pero ya en tiempos anteriores a los romanos existían ritos en que algunos personajes enmascarados, amenazaban y golpeaban los espectadores, con fines purificatorios.

Crin de caballo

Recuerdan los mayores que algunos portaban gorro con crin de caballo colgando. Esta escena se repite en el Carnaval de Kuartango.

La imagen del caballo la vemos, de una u otra manera, en diversos carnavales: el Zaldiko de Lanz, el Zamalzain de las mascaradas suletinas, etc.

El motivo de su presencia no es caprichoso. El caballo es un animal con connotaciones sagradas o mágicas que ya aparece en el arte paleolítico.

Dentro de las diversas teorías sobre su presencia en el Carnaval (vieja divinidad, transporte de almas, etc.), hay una que lo relaciona con el espíritu de la abundancia y la reproducción. Es bastante natural pensar que el espíritu de la abundancia podría tomar la forma de caballo en un país ganadero como el nuestro.

La presencia de "hombres-caballo" se da en diversas fiestas rituales de Europa.

Trasgresión

Uno de los aspectos del Carnaval es su trasgresión de las normas habituales: el hombre se viste de mujer (y viceversa), se ridiculiza a las personas importantes de la localidad, etc.

En este apartado podemos incluir varios elementos de este Carnaval: robar en las casas (por cierto muy habitual en todos los pueblos), manchar de barro las puertas con las escobas, la pimentonada...

Era un tiempo con licencia para el desahogo, para dejar aflorar esa parte de cada uno reprimida por las buenas formas sociales.

A pesar de ello no se daba cualquier tipo de abuso; más bien eran trasgresiones rituales, actos que se repiten año tras año y en distintos lugares.

CONCLUSION

El ser humano, y más nuestros antepasados, ha vivido la zozobra de la vida: los agentes climáticos (tormentas, sequías, huracanes), la presencia de las alimañas, la llegada por sorpresa de la enfermedad y la muerte..

En muchos casos, el origen de estos elementos era atribuido a las fuerzas sobrenaturales. La única manera de controlarlas, o por lo menos apaciguarlas, era con los rituales heredados. El cumplimiento exacto del ritual aseguraba el buen orden de la vida; la dejación, o la mala realización del ritual llevaba, inexorablemente, al caos (plagas, sequía, pestes, hambre, muerte..). Por eso, los mayores hacían tanto hincapié en que todos los festejos se lleven a cabo con la mayor exactitud posible.

Por este motivo, cualquier cambio estaba mal visto. Y así, han llegado a nosotros tradiciones que han perdurado por los siglos.